

Locombianos de Alfonso Castillo Gómez

SIMÓN SAMPER

Las columnas de Alfonso Castillo Gómez (1910-1982) aparecieron entre los años cincuenta y ochenta en *El Espectador*, la revista *Diners* y el periódico *El Vespertino*. Fueron casi tres décadas de notas que hicieron reír a los lectores de sus propias costumbres: algunas ridículas pero normales, otras insólitas pero arraigadas. Hoy, cincuenta años después de que las columnas estuvieran en su cúspide, esas idiosincrasias típicas todavía nos hacen sonreír. La casa, la cama, la mica, la comidita, las tareas escolares, el tráfico temerario, las vacaciones desastrosas. Esos fueron la carne y el vino de Castillo Gómez. Además, fue columnista sin ser “calumnista” —algo escaso en estas épocas— y supo burlarse de sí mismo y de todos sin señalar casi nunca con nombres propios o causar escándalos de prensa.



Alfonso Castillo Gómez, s. f.
Colección particular.



Graduado como pianista y periodista, ha trabajado en oficinas de prensa del gobierno nacional y distrital.

“Nada puede ser más serio que un buen apunte de humor en el momento preciso”, dice Alfonso Castillo Escobar sobre el pensamiento de su padre. El humor es serio: sirve para sobrellevar la vida y para darnos cuenta, como sociedad, de lo que somos. “Alka-notas”, columna por la que Castillo Gómez ganó el Premio Nacional de Periodismo en 1980, y *La Locolombia de Leovigildo* son hoy un punto de referencia valioso para ver la evolución de la cultura bogotana. Nos muestran hasta qué punto seguimos siendo pacatos, fiesteros, arribistas, avivatos, sexistas, clasistas, “resentidos sociales”...

Leovigildo es el prototipo del bogotano, pero coincide en algunas cosas con su autor: funda una publicación (Castillo participó en la creación de la revista *Diners*), critica nuestras formas de ser y se fija en las noticias curiosas. Pero tal vez lo más biográfico de Leovigildo es su capacidad de hacernos reír y reflexionar.

LA JUMA, LA RASCA, LA PEDA

Incluso cuando a costa del trago pierde la esposa o el trabajo, el arquetípico bogotano pasa la pena con unos compinches y unos traguitos. No sabe estar en una reunión social “a palo seco”, porque a veces ni en los velorios falta el guaro. Eso sí, en ninguna parte se dirá que tiene una adicción. Ahora sabemos que ese tipo, el que describe Castillo en sus columnas, es víctima de su época y de su cultura, que llama “bebedor social” al alcohólico, porque “en Colombia cualquier reunión de más de seis está condenada a convertirse en rumba”. Y se le perdona la tumbada del florero presidencial, la amanecida en el andén, porque “ay, es que estaba rascao”.

A las señoras de hace cincuenta años les entraba “la ventolera de moralizar” las desventuras étlicas del marido. Y pocos señores tenían el “estoicismo requerido para soportar en labios de su carísima mitad frases de bienvenida como estas: ‘¡Vagabundo! ¡Por el placer de hoy, a la ruina y la muerte de mañana! (...) ¡El alcohol es nuestro azote!’”. (No sé qué me alegra más: que ya no seamos tan alcohólicos, que ya no seamos tan machistas, o que ya no hablemos así). En todo caso, al pobre marido de esa época no le quedaba más remedio que olvidar “tan enervante andanada (...) entregándose de nuevo en brazos del azote”.

Tal vez hoy seguimos siendo igual de alcohólicos que hace cincuenta años, pero al menos ya no es un mal tan soterrado. Ahora la gente casi no maneja borracha en Bogotá, y en estos tiempos es más fácil alzar la voz contra el que se la amarró, el que hizo una embarrada porque estaba jeto, jincho, caído de la perra. Eso sí, nadie se explica cómo hacía aquel borracho de antaño, cuando no había celulares, para llegar sano, salvo y elegantísimo a la casa. Si es que no aparecía colgado de los hombros de dos amigos. Por suerte, Dios cuida de sus borrachitos. Y los desenguayaba con caldo, carne asada y tamal, y eso sí, siempre más “pola” (o un sobrecito de Bonfiest). Al desayuno los amigos cuentan entre carcajadas que de la rasca el tipo abrazó a un hermoso maniquí en un centro comercial y tumbó toda la hilera. Después, en el bar invitó a medio mundo a una botella *single malt*. A fin de mes, mirando las finanzas, el tipo no entiende ni el dolor en la cadera ni el descuadre de cuentas: “La plata no alcanza, por alguna misteriosa razón”, dice Castillo.

Este “bebedor social” es el más temible, tanto hoy como en aquella época (digamos, los setenta), porque está convencido de que sabe manejar sus tragos. Es el que arma bonche porque se le bailaron a la novia en el bar, pero luego en la casa —cuando ella se dispone a dejarlo— la recrimina a gritos “por cantaletuda”

TRUEQUES MATRIMONIALES

Hace algún tiempo, el cable dio cuenta del curioso caso de dos individuos estadounidenses que resolvieron intercambiar esposas, hijos y casas. Ahora venimos a contarles de algo parecido ocurrido en Francia. Dos choferes, parisienes, André Vacher, de 36 años, y Jean Tisson, de 32, habían vivido durante muchos años unidos por la más estrecha amistad. Ambos conducían autobuses de una misma empresa. Residían en el mismo barrio y sus mujeres e hijos se entendían a las mil maravillas. Cuando Tisson confesó su pasión por la esposa de Vacher, éste propuso un trueque, a condición de que cada mujer conservara sus propios vástagos.

Por espacio de nueve meses no se presentaron señales de fricción, hasta cuando Tisson comenzó a quejarse, alegando que en el cambio él había adquirido tres hijos, mientras que Vacher sólo tenía que mantener a dos. Cualquiera tarde le ordenó a su nueva esposa vestir a los tres pequeños Vachers. Condujo a toda la familia a la casa de Vacher y se la entregó oficialmente a su amigo, diciéndole:

—Tómalo. Estoy hasta la coronilla de la vida matrimonial. De ahora en adelante viviré solo.

Aterrado ante la perspectiva de sostener dos esposas y cinco muchachitos, Vacher corrió en busca de una escopeta e hirió a Tisson en una pierna. En seguida, abrumado por el resosimiento, se cortó las venas con una Gillette azul. Una ambulancia transportó a los dos hombres al mismo hospital, donde fueron instalados en camas contiguas. Bien pronto iniciaron una amigable charla sobre el mejor modo de resolver su problema. Algún reportero de prensa, que se hallaba presente, propuso la siguiente solución: "Uno de ustedes quedese con las dos mujeres, y el otro con los cinco niños". Pero ambos rechazaron el consejo enfáticamente, y esta es la hora en que lo

único que Vacher y Tisson no quieren abandonar es la clínica.

LA CATEDRA Y LA HIPICA

Confesamos que en materia de hípica hemos venido ateniéndonos desde hace un año a la reverenda "cátedra", con el desastroso resultado de no haber acertado sino en tres caballos... en el curso de cuatro meses. Y ello porque en este rompecabezas del "5 y 8", no es que haya en ocasiones "palos", sino que los pronósticos de los cronistas hípicos y demás vaticinadores parecen elucubrados para empantanar al concursante en un océano de contradicciones, dilemas y alternativas. Por lo cual resulta absolutamente imposible establecer con mediana aproximación cuáles podrán ser los animales con mayores probabilidades de entrar de punteros, rodeada, como está la enrevesada cuestión, de una serie de desconsoladores imponderables.

El figurón de la cátedra nos dirá, verbigracia, que la yegua "Hipoemíchica" ha estado haciendo en el curso de la semana unos aprontes fantásticos, y que tendría todas las de ganar si no fuera por su oscuro origen (hija de "Cachifo" en "Míchica"), aunque de otra parte conviene no olvidar que en pista de arena es un rayo inalcanzable, sólo que como lo probable es que llueva el sábado en la noche, ya sobre pista de barro correrá menos que un retrato.

Pero si no llueve, la cosa será otra cosa, especialmente porque llevará la monta de Pluto Bustos, el extraordinario látigo chileno, quien de seguro sabrá pilotearla al trínito. Siempre y cuando, eso sí, que este célebre jinete se haya repuesto de su molesta afección hemorroidal, porque de otro modo tendrá un desempeño asaz mediocre, salvo que la respectiva carrera se realice en pista de grama, lo cual es bas-

COCTELERA

¡TASTAZOS A ESTE MUNDO DESVIROLADO!



Laboreo: Baño al preso
 Lacayo: Hombre optimista
 Lamer: La mar (en francés)
 Lámpara: Ángel de la guarda
 Lana: Batracio chino
 Lavandera: Símbolo nacional
 Lechera: Queso
 Lechuzas: Profesor de esgrima
 Lechuzas: Lo hierre
 Leñera: Carbón vegetal
 León: Lector
 León: Ratón de biblioteca
 Leoncavallo: Hijo de león y yegua
 Leonera: Pretérito presidencial
 Leonora: La fiera reza
 Leopardo: Lector del occidente
 Leprosa: Cliente de biblioteca
 Leprosa: Que no gusta de los versos
 Lesbiano: Les miré desvestidos
 Levadura: FRAC almidonado
 Ley: Monarca chino
 Libano: Municipio abstinencia
 Libardo: Poeta chino
 Libreta: Soltero
 Licorera: Guayabo
 Lintopista: Hombre aplomado
 Literaria: Cama alemana
 Local: Sibasié
 Localiza: Chiflis despechada
 Locomotora: Demente al volante
 Locura: Médico
 Loto: Lompido
 Lozana: Buen médico
 Lucero: Apagón
 Luciano: Ojo mágico
 Luciano: Nudista
 Lucro: Súplica china
 Lutero: Matrix en franqueta
 Luz-Cola: Cocuyo
 Lúrcase: Case a luz



Llamada: Incendio
 Llamada: Vida
 Llamada: No se aboja
 Llano: Entonces, ¿cuándo?
 Llantería: Velorio
 Llave: Operado de cataratas
 Llorente: Triste
 Llover: Testimonio de gringo



Maderamen: Carpinteros
 Maizena: Comida de cerdo
 Majagua: Costeño sediento
 Malaca: Maraca (en chino)
 Malecón: Chino del estro equipo
 Malolientes: Chino con caries dentales
 Malva: Por camino errado
 Malvaloca: Planta chiflis
 Malversación: Poeta fracasado
 Mamarracha: Explosión demográfica
 Mamatoco: Lactante
 Mamíferos: Maná brava
 Managua: Gotera
 Manateo: Hombre sin Dios
 Mancebo: Hombre carnada
 Mancebo: Lagarto
 Mancilla: Jinets
 Mancillado: Hombre sentado
 Mancornado: Gringo torero
 Mandoble: Machazo
 Manchurria: Amigo enfermo
 Mandoble: Gringo
 Mandril: Hombre de trapo
 Mandril: Gringo de trapo
 Manganeso: Potrero con petróleo
 Mango: Hombre ausente

o “por mostrona”. Es el tipo que, cuenta Castillo, sale de un coctel y trata de insertar el bolígrafo en el *switch* del carro, “apaga la colilla de cigarrillo sobre una rodilla de la señora, bosteza cuatro veces”, y luego sí “recorre la avenida Caracas por entre los antejardines”.

Hay una referencia de Castillo a la abstinencia absoluta, pero advierte que “aquí escasamente [la] practican algunos de los Alcohólicos Anónimos, determinadas señoras, uno que otro Caballero del Santo Sepulcro y el autor de la presente columna”. Quizás esa frase la escribió con un *whisky* en la mano. Su viuda, doña Teresa Escobar, me contó en una entrevista que a su marido, que dicen que era un gran conversador, “le gustaban sus traguitos”. Yo no lo juzgo, ni mucho menos, más bien le agradezco que nos haya recordado a los bogotanos la locura trágica de nuestros hábitos etílicos.

El mismo Castillo lo dice: “Ninguna sociedad medianamente bien estructurada acepta la tomadera excesiva”, ni que sus hombres, a la mañana siguiente de una borrachera, tengan que autointerrogarse con preguntas al estilo de: “¿será que me soñé o que en realidad mordí al gerente?”, “¿como que le dije vieja inmunda a la mamá de Octavio?”, “¿a dónde diablos se habrán llevado a los niños?”, “¿de dónde saldrían este clavel apachurrado, esta media de mujer y este tenedor que traje en el bolsillo de la gabardina?”.

IZQUERDA ARRIBA
El magnífico producto de la inteligencia y el ingenio de Alfonso Castillo Gómez, como lo anota Gabriel Cano en su prólogo, recoge una selección de sus columnas publicadas en *El Espectador*, cuando era diario de la tarde. Editorial Bedout S. A., Medellín, 1966, v. 16. Cubierta y pp. 98-99.

IZQUIERDA ABAJO
El “Diccionario zurdo” fue un invento de Castillo Gómez, “porque siempre es bueno ampliar el léxico”. Fue publicado en 1972 con una nueva edición de *Coctelera*. Editorial Bedout S. A., Medellín, 1972, v. 16. Cubierta y pp. 174-175.



Alfonso Castillo fue fundador, junto con Ernesto Carlos Martelo, de la revista *Diners*. Desde su inicio en 1963, publicó allí su columna “La Curul”. En 1971 recopiló sus mejores columnas de esta época en el libro *Alkanotas*. En el prólogo, Enrique Caballero define a Castillo Gómez como “la sonrisa de Bogotá”.

BUSETAS, MICROBUSES, FLOTAS Y AVIONES

Alkanotas, el libro que reúne las columnas de Castillo Gómez en *El Espectador*, nos recuerda cómo era Bogotá hace unas décadas. Varias notas describen los ramilletes de personas que colgaban de las busetas; los paraderos que eran de por sí un problema, pues los conductores se las arreglaban para no parar jamás en ellos. Paraban, pero en la mitad de la vía:

Esto cuando no se atraviesan diagonalmente, tapando del todo la calle mientras recogen y evacúan pasajeros, reciben dinero, dan vueltas, reciben a través de la ventanilla el portacomidas que les alcanza desde el andén su jadeante cónyuge, y tratan de concertar con la amigota que llevan al lado una cita para el doble de esa noche en el Atenas.

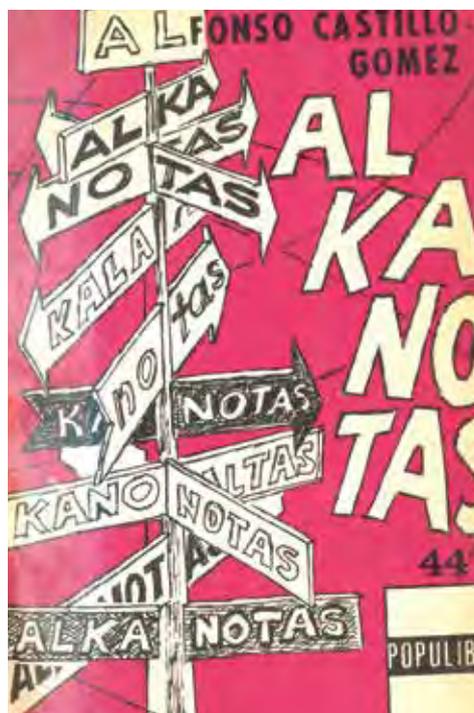
Cubierta de *Alkanotas*, Editorial Revista Colombiana, 1971.

En otra columna, Castillo escribe sobre la señora que tiene carro pero que se ve obligada a coger bus gracias a los mecánicos de un taller que “consiguieron dañarle definitivamente el automóvil”. La señora se sube al microbús y tiene que pasar por encima de una de las rodillas de un señor que ya carga, en la otra rodilla, a dos seminaristas y un lotero. Es tal el apretuje, que más tarde ella recibe un “aguijonazo en la retaguardia”. Es el paraguas de un empleado bancario que, involuntariamente, se lo incrustó causándole “una herida de pronóstico sumamente reservado”.

“Aquí la gente se consideraría disminuida dejándose ver por las calles en bicicleta. Le parece cursi”. Pero sí es normal apretujarse en los colectivos y “saturarse de aromas de acción comunal”, ver a la viejita de pie frente al joven sentado, pelearse por abrir o cerrar la ventana, emprender la “operación desembarco” para llegar a tiempo a la salida trasera del bus sin que, por un repentino frenazo, terminen en el suelo veinte personas y una joven con el brasier desacomodado.

También los terribles viajes a tierra caliente son un clásico en las notas de Castillo. Quizás esos no han cambiado tanto: las flotas todavía elevan las llantas por encima del precipicio en las curvas montañosas, dejando “suspendidos en el aire a todos los viajeros del lado derecho” en una “increíble combinación de transporte aeroterrestre”. Lo peor es que aún acudimos a esas flotas para ir a una velocidad media de 140 kilómetros por hora o fracción por las carreteras andinas. Los choferes de Cootransfusa viven para echarles tierra a sus rivales de Cootranstequendama, y el pasajero, si sobrevive, llega a las fiestas regionales, “la Fiesta de la Ampolla, el Día del Juanete, la Semana de la Yuca, la Feria del Ombligo”, o la Fiesta de la Jartera, celebrada en Chivotá con dieciocho hermosas chivoteñas aspirantes al título de Miss Jarta.

O uno llega en familia a los veraneaderos con planes todo-incluido, donde no se logra conciliar el sueño porque entre los huéspedes hay un parchecito de mari-



huaneros celebrando la última victoria de su equipo local. “Lo único perecido eran las moscas, pero por fortuna no permanecían mucho tiempo. Una simple probadita de la alimentación y salían volando”, comenta Castillo. “¡Y qué esplendidez de piscina! La mantenían en servicio durante todo el día, salvo entre 5 y 6 de la tarde, hora en que la utilizaban para lavar la loza y los limpiones”.

Algunos lectores recordarán que, cuando el viaje era al exterior, a Mayami, por ejemplo, había que cumplir con la tarea humanitaria de los encargos: “(...) dos dientes de porcelana *iguales* a la muestra que va envuelta en papel de seda; tres frascos de una loción azul *que huele como a matricaria y es regia, regia para quitar las manchas de la piel*; dos huevos fritos, de plástico, para hacer pegas; un par de mocasines color oliva, número 38, cuyo zapato izquierdo tiene pintada en la suela la cara de un indio mohicano fumando pipa” y otras siete páginas de objetos indispensables. Toda clase de cosas que los solicitantes no sabían que necesitaban hasta que supieron que alguien iba a viajar fuera del país. Y toda suerte de regalos para familiares y amigos que hace siglos no ven la areparina, el aguardiente y el café. Y llévele al niño también un saquito de lana virgen pa’ esas heladas de por allá.

EL RESENTIDO, EL LAMBÓN, EL AVIVATO

Otro aspecto del bogotano actual, tan propio de otras épocas como de estas, es la distinción entre “gente bien” y... pues, digan ustedes el antónimo. A continuación, un fragmento del capítulo sobre el matrimonio de Leovigildo, aquel personaje creado por Castillo:

Cuando la madre de Leovigildo se conformó con el matrimonio de su único vástago, y la [madre] de Florángela, doña Pachita, hubo conseguido con inauditas dificultades un préstamo en el Banco Popular, se fijó la fecha para el enlace. Sería algo sencillo, aunque el novio, de haber tenido con qué, habría organizado una fiesta de esas en las que, aparte de medio millar de invitados, se cuelan numerosos peatones, y multitud de fotógrafos de rueda libre.

En su libro *La Locolombia de Leovigildo*, este prototipo de arribista está resentido por su estatus de contador y aspira a ser político, a “ser llamado ‘honorable diputado’, aparecer retratado en los periódicos, devengar dietas (no tan honorables como las del Capitolio, pero al fin servibles), quizás llegar a agitar la campanilla para llamar al orden”.

La ambición política suele estar ligada a una ambición de clase. Y surge del temor de ser un don nadie, un bobo útil. Hay que avisparse y sacar partido de la situación aunque digan que uno es un avivato, un vivaracho, un avión, un zorro. El mundo es de los vivos y al caído caerle. El duro, el de la plata fácil, el aventajado, el que tiene qué mostrar, el mandamás, ese es un berraco.

Leovigildo, desesperado por la cantidad de fascículos que invaden su casa y que nadie alcanzaría a leer jamás, resuelve tomar ventaja y desquitarse volviéndose escritor de fascículos. Y escribe uno sobre la nómina de ciudadanos que conoció en un coctel: a un exportador ficticio que quería figurar en la prensa, a un exitoso contrabandista de azúcar, “a un subfacturador de San Andrés, a un fabricante de paz y salvos, a una señora que viaja con un maniquí relleno de cocaína, a un saqueador de Buenaventura, a un técnico en carros-bombas, dos evasores de impuestos distritales, el dueño de un hotel en la Costa para drogadictos y un especialista en dirigir invasiones de terreno”.

Por supuesto también está el lambón, el arrimado, el gorrero, el conchudo, el largarto, el que echa caña para levantarse a una vieja, el que chicanea en presencia de un político, el que jodía para que Telecom le instalara teléfono en la oficina, pero solo para que su secretaria pudiera decir que estaba ocupado, negarse al teléfono y hacerse el importante.

Lo malo de la rosca es no estar en ella, porque el ciudadano común —Leovigildo, por ejemplo— raja de los políticos hasta que un manzanillo se acerca y le ofrece un puesto. Al son que le toquen baila. Leovigildo menea facturas ficticias y rinde culto a su cacique; denuncia chanchullos de un opositor político pero se hace el bobo con los torcidos de su patrón. Porque es que a él ya le dicen “doctor” y anda de nariz respingada, ya presume de su nueva alcurnia:

Una de las flaquezas de Leovigildo consistía en proclamarse descendiente del marqués de San Jorge. Debilidad que, por lo demás, afecta al 99 por ciento de las familias de extracción santafereña, no obstante que todos somos, y aunque se resientan los del Jockey, herederos de humildes apellidos españoles.

Y de bandidos y putas. Por suerte, en esta sátira Leovigildo termina luego por renunciar a tan imbécil pretensión. Sin embargo, él nunca volverá a ser de tan bajo pedigrí, eso jamás. Ascendido a asesor de un congresista, cuando se encuentra en la avenida Jiménez con un excompañero de trabajo y amigo de la juventud (que se quedó de contador), le lanza un cortés “¿cuándo almorzamos?” o un “déjate ver”. Frases insignes para cuando no tiene la más mínima intención de volver a verlo. ■

Castillo Gómez creó el personaje de Leovigildo, un joven romántico y arribista que aspiraba a ser abogado y a influir en la política, pero solo era el contador de una escuela de comercio. El humorista ridiculizaba las costumbres bogotanas y se burlaba de la política colombiana, aunque nunca con nombres propios. Cubierta del libro publicado en 1975.

